

CONTRA LA DEMOCRACIA

*Martín López Corredoira**

Astronomisches Institut der Universität Basel
Venusstrasse 7 CH-4102-Binningen (SUIZA)
martinlc@astro.unibas.ch

Resumen

En este breve artículo se expone, en un estilo quizás más cercano al de un panfleto ideológico que al de un análisis imparcial y objetivo, que las democracias distan mucho de ser formas ideales de gobiernos, pues las masas no tienen la capacidad intelectual suficiente para elegir lo que les conviene ni a ellos ni al resto de la sociedad, incluyendo sus minorías, y ahogan con su lastre cualquier intento de elevar la especie humana a desarrollar sus más grandes virtudes. Grandes pensadores, como Platón, Hobbes, Rousseau, Nietzsche, Ortega y Gasset, etc. repiten una y otra vez sus condenas al sistema político, hecho que contrasta con el amparo que hoy en día tiene la democracia entre muchos intelectuales contemporáneos que defienden la mano que los alimenta.

Palabras claves: política, democracia, masas.

AGAINST DEMOCRACY

Abstract

In this brief paper with a style closer to an ideological pamphlet rather than an impartial and objective analysis, it is shown that democracies are very far from ideal governments, since the masses have no intellectual capacity

* Martín López Corredoira (martinlc@hispanista.com), nacido en Lugo (España) en 1970. Licenciado en Cc. Físicas por la Universidad Complutense de Madrid (España) en 1993, Doctor en Cc. Físicas por la Universidad de La Laguna (Tenerife, España) en 1997. Doctor en Filosofía por la Universidad de Sevilla (España) en 2003 con su tesis titulada: *Contra el libre albedrío en el marco de las ciencias naturales contemporáneas*. De profesión investigador, especializado en astrofísica, ha trabajado en diversos centros: Laboratorio de Astrofísica Espacial y Física Fundamental-INTA (Madrid), Instituto de Astrofísica de Canarias (Tenerife, España) y en el Astronomisches Institut der Universität Basel (Basilea, Suiza). Ha publicado hasta la fecha más de 20 artículos en revistas científicas internacionales arbitradas. Es autor del libro *Diálogos entre razón y sentimiento* (Ed. Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1997) y de algunos artículos sobre filosofía publicados en diversas revistas. Recibió el Premio Platero-2002 de poesía del «Club del libro en español» en las Naciones Unidas (Ginebra, Suiza).

to choose what is convenient for them and the rest of the society, including the minorities, and they drown with their ballast any attempt to raise the human being to the development of highest virtues. Great thinkers, such as Plato, Hobbes, Rousseau, Nietzsche, Ortega y Gasset, etc. repeat once and again their condemnations against the political system. This fact contrasts with the support the democracy has nowadays among the contemporary intellectuals who defend the system which feeds their stomachs.

Key words: politics, democracy, masses

«¡Santa democracia! Bendita tú seas entre todas las formas de gobierno, y bendito sea el fruto de tu vientre: el capitalismo salvaje». Probablemente, oraciones como ésta sean enseñadas a los infantes en generaciones venideras de seguir las cosas como hasta ahora. No se vayan a creer que estamos tan lejos de esas excentricidades; de hecho, ya se habla de la susodicha poniéndola en un altar: la intocable, la pura, la sagrada, la perfecta. Al igual que la iglesia tergiversó la historia convirtiéndola en una espera de la llegada de Cristo —el salvador—, también nuestros gobernantes quieren dar a entender que la democracia es la forma de gobierno por la que se luchó durante tantos siglos, confundible con el «fin» de la historia. Al igual que la santa madre iglesia extendió sus tentáculos por el mundo llevando la palabra del «Señor» y machacando otras religiones de los “bárbaros” que eran colonizados, también el sagrado ministerio de las naciones democráticas ha hecho lo posible por extender su palabra y métodos hasta los más remotos confines del mundo guerreando con sus opuestos y aplastándolos. Todos los males de un país —según el santo oficio— se deben a un alejamiento de la democracia. Por lo visto, existen algunos ciudadanos que no creen en la perfección de la suprema forma de gobierno, ¡hombres de poca fe!, y ellos son los culpables del mal funcionamiento de las sociedades. La solución: más democracia; porque ella es el cúmulo de todas las perfecciones, ella es la que trae felicidad al hombre, de ella se deriva la paz, la fraternidad,... ¡Santa, santa democracia!

El *demos* es el vulgo. Democracia es vulgocracia, dejar que la mediocridad plebeya dirija el curso del acontecer social. Es una triste desgracia que «El bienestar de muchos países se decide por mayoría de votos, pese a que todo el mundo reconoce que hay más gente mala que buena». (Lichtenberg, *Aforismos*).

Sea un pueblo democrático con diez individuos, siete vagos y maleantes y tres honrados trabajadores. Éste sería presidido por alguien que defienda a los primeros. A eso llaman justicia los defensores de la *vulgocracia*.

La democracia renuncia a la esperanza de un pueblo gobernado por grandes hombres; no cree en los grandes hombres.

«La democracia significa la no creencia en hombres superiores, en clases elegidas: “todos somos iguales”. En el fondo todos somos un rebaño egoísta y plebeyo» (Nietzsche, *La voluntad de poderío*).

Las libertades de que se habla y la buena propaganda de que goza la democracia son cuentos para niños. Claro que somos libres de pensar lo que queramos, eso siempre se ha podido hacer en cualquier sistema político; nadie va a mirar lo que tienes dentro de tu cabeza para juzgarte. ¿Puedes elegir tus actos? Sí, si estás dentro del sistema. O te amoldas al mismo o te mueres de hambre, así de democrático es el sistema.

¿Que no hay censura? Pues claro que la hay, ¿acaso íbamos a creer que los poderosos no protegerían las ideas que los salvaguardan? Somos humanos, no le pidamos peras al olmo. No hay una censura como la de antes, eso es cierto, pero ello es porque se han desarrollado nuevas técnicas de desechar lo no deseado. Se ha inventado un método más eficaz de evitar que las ideas no deseadas se difundan sin llegar a prohibirlas: la superproducción. Produciendo una masiva cantidad de información y manipulándola a antojo, se evita que se inmiscuya alguna idea no deseada, por el eclipse que producen las primeras. El sistema apoya y manipula una comunicación de masas amoldada a su mensaje; cualquier otra información de librepensadores aislados queda aislada, arrinconada y al fin olvidada tras la descomunal cantidad de información. En otros tiempos era necesario prohibir lo que no interesaba, porque se escribía poco o había poca información, y cualquier cosa que se hiciese afectaba a la sociedad en general, podía producir una revolución. Hoy no hay peligro de eso, la superproducción elimina las pequeñas «imperfecciones» que puedan ir contra el sistema. Además, «el proceso al que está sometido un texto literario, si no ya en la previsión automática de su autor, ciertamente por parte del equipo de lectores, editores, revisores, ghost writers, dentro y fuera de las editoriales, supera en perfección a toda censura» (Adorno, *Dialéctica de la ilustración*).

Hablar de democracia nos trae rápidamente a la mente la idea de capitalismo, ¿por qué? La respuesta es una y bien clara: el vulgo no concibe felicidad o ilusión alguna si no es con la moneda y el uso que pueda hacer de ella. El vulgo no se mueve por bellos ideales sino que lo hace con el fin de conseguir dinero para satisfacer su ansia de posesiones materiales. El capital es como un pozo

de potencial en un sistema físico que atrae las partículas que lo circundan; es como las heces para las moscas. ¿Cuándo se hace algo en esta sociedad? Cuando hay dinero para financiarlo, es decir, cuando se crea un pozo de potencial que atraiga a algunos moscones para trabajar por ese algo. Ahora bien, ¿cuándo hay dinero? Pues cuando algunos señores que han sido anteriormente moscones rondadores de otro pozo deciden contribuir y hacer adquisiciones con su capital. Y ¿qué tipo de proyecto puede financiar una persona que ha sido moscón?, ¿un bello ideal? Ciertamente no, salvo raras excepciones. Los que no están en la cadena son los «outsiders», y ellos no pueden hacer nada porque están fuera del manejo del capital, sus ideas no moverán los engranajes de una sociedad vulgo-capitalista.

El Estado es una macroindustria que se nutre de los impuestos de los ciudadanos en vez de los productos que vende. Está constituido en su mayor parte por gente que aspira a un puesto en él con el fin de ganar dinero. Atraídos por la idea de «puesto fijo», «paga a fin de mes»,... se llenó el Estado de una funesta calaña de moscones: los *funcionarios del estado*. Y éstos, formando una estructura más o menos jerarquizada, son los que elaboran las decisiones del ente. ¿Qué tipo de proyectos potenciarán quienes en toda su vida no han vislumbrado más objetivo que el de ser «chupatintas» para poder vivir despreocupados con su casa, su coche, su perro y sus vacaciones de un mes? ¿Qué tipo de ideales puede tener un vulgar entre los vulgares? En sus manos están las acciones de un estado. Ya sea con capital privado o público, la masa impone sus antiideales.

«Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas cabe padecer» (Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*).

«El número no podrá nunca ser una razón; podría serlo si la masa estuviera educada, pero para educarla, alguno tiene que ser el educador, y ese educador tiene que estar alto, para imponer una enseñanza que quizás la misma masa rehusará... Hoy todos los que no tenemos intereses ni aspiraciones políticas, estamos convencidos de que la Democracia y el sufragio son absurdos, y que un gran número de ineptos no han de pensar mejor que un corto

número de inteligentes. Estamos viendo la masa agitada siempre por malas pasiones; vemos los clamores de la multitud ahogando la voz de los hombres grandes y heroicos» (Azorín, *La voluntad* [novela]).

«¿Cómo no temer que bajo el imperio de las masas se encargue el Estado de aplastar la independencia del individuo, del grupo, y agostar así definitivamente el porvenir?» (Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*).

Oigo palabras necias contra los críticos de la democracia: «¡nazi!». Hemos de recordar que Hitler y compañía fueron elegidos democráticamente en su país en 1933, un país que se encontraba con un altísimo índice de paro. Las masas, el vulgo, llevaron al poder a semejante totalitarismo, lo que puede volver a ocurrir si dejamos en las manos de los fácilmente manejables la decisión de elegir a sus aristócratas.

Alguien (alguien más sabio que el autor de este artículo) dice: «No podéis gobernaros ni decidir el curso de la política, porque sois chusma y estropeáis lo que tocáis», y ellos responden: «¿Acaso tú te crees mejor que nosotros?».

Traducción: «No, no permitimos que las bellas personas se eleven de entre la muchedumbre. No podemos permitir eso porque entonces nos llamarían a los demás asnos. Mejor así, todos revueltos y sumidos en una masa pastosa donde las voces de los asnos no dejan escuchar las pocas sabias palabras que circulan por la sociedad y, de este modo, no tendremos que oír lo que somos. De este modo, no dejaremos que nadie sea o pretenda ser y no nos angustiaremos los que ni somos ni aspiramos a ser nada. Mal de muchos, consuelo de bobos».

Moraleja:

«Hay personas a quienes irrita sobremanera que se hable de selección, tal vez porque su fondo insobornable les grita que no serán incluidas en ninguna selección positiva. Es de su interés enturbiar las aguas y que no se vea claro lo que con el nombre de minoría selecta pretende designarse» (Ortega y Gasset, *Cosmopolitismo*).

Hay una predicción dentro de la física que puede ser trasladable metafóricamente al sistema social, a toda la humanidad: la muerte térmica del Universo según el segundo principio de la termodinámica. Hay energías utilizables y

otras que no la son; la disipación de calor da lugar a formas de energía no reutilizables. Para que en el Universo haya movimiento, debe haber diferencias de energía entre sus distintos componentes. Por ejemplo: cuando hay un cuerpo caliente y otro frío se transfiere energía en forma de calor entre ambos. Cuando en el Universo se llegue a un equilibrio total en todas las componentes, ocurrirá lo que se conoce como «muerte térmica del Universo». En ese instante nada estará por encima de nada, todas las componentes permanecerán al mismo nivel, nada destacará porque será monótonamente igual. No habrá transferencias de energía porque todo estará al mismo nivel energético. Será un Universo oscuro, rígido; una representación bastante perfecta de la nada, del no ser.

A modo de metáfora como digo (no se trata pues de trasladar los principios de la física a la sociología ni ninguna majadería erudita de las que se oyen por ahí), hay un funcionamiento parecido en las sociedades. La «muerte térmica» se alcanza con la igualdad. La pretensión de querer hacer semejantes a todos los miembros de una sociedad tiende asintóticamente a la nada, a la muerte térmica de la sociedad. Igualdad de oportunidades, igual educación, iguales derechos,... producen una masa cada vez más homogénea. Si dejamos que las masas absorban o aniquilen toda grandeza en la humanidad, las luces se apagarán y la oscuridad lo gobernará todo. Cuando todos seamos funcionarios y empleados, cuando todos veamos la televisión, cuando todos consumamos lo mismo,... ya no habrá nada en la sociedad que haga mover a los individuos, ya no habrá poderosos y aspirantes al poder, ya no habrá asnos y genios, ya no habrá luces que iluminen el camino de los hombres. Las ideas estarán repetidas por doquier en todos los individuos. No surgirá progreso posible porque los sistemas educativos crearán copias de sí mismos con una creatividad nula... En una sociedad así, los individuos morirán de aburrimiento y suicidio.

«¿Debemos concluir que todos los hombres desaparecerán de la tierra? No hay que ver las cosas color de rosa. Una buena parte, los supervivientes, seguirán arrastrándose, raza de infrahombres, alfeñiques del apocalipsis...» (E. M. Cioran, *Breviario de podredumbre*).

Sube un político al gobierno, y es un corrupto; sube otro, y es un mentiroso; otro, es un ladrón; y otro, un sinvergüenza. El pueblo se queja de los malos gobernantes que él mismo elige, y les echa a ellos la culpa de los desastres del país. Hasta ahí llega el espíritu crítico vulgar: en echarle la culpa a alguien.

Una visión más perspicaz elucubraría que el sistema, tal como está, no permite el acceso de los buenos políticos al gobierno. Un político honesto que expusiese al pueblo sus buenas intenciones y las bellas obras que piensa realizar no sería apenas votado. A las masas poco les gusta la belleza de las acciones sublimes; ellos sólo votarán a un verdulero que haga teatro en las pantallas y prometa a los funcionarios que seguirán cobrando buenas pagas sin dar golpe, a los jubilados lo mismo y vacaciones del Insserso, a los parados tres cuartos de lo mismo, a las Universidades... Un buen gobierno no debería preguntarle al pueblo lo que quiere, pues la masa plebeya y egoísta sólo piensa en medrar a costa del vecino y carece generalmente de una visión de conjunto del bien de la sociedad. Para pagar a tanto inactivo se necesita sacar dinero de algún lugar; los pocos escrúpulos del gobernante de turno se encargarán de quitar fondos de donde realmente eran necesarios, de ciertas minorías que suponen pocos votos.

Por consiguiente, no debemos culpar al político negligente por hacer lo que hace. La culpa es de la democracia en sí, que no deja que mejores gobernantes suban al poder. La vulgocracia es la esperanza de los charlatanes, embaucadores de masas ingenuas.

«Una democracia, en efecto, no es más que una aristocracia de oradores, interrumpida algunas veces con la monarquía de un orador» (Hobbes, *De corpore politico*).

Hombres de palabras y no de hechos, que jueguen con la corta memoria del irrespetable hombre medio, es lo que se nos ofrece.

«A quien va a ser orador no le es necesario aprender lo que es justo en realidad, sino lo que podría parecerlo a la multitud, que es precisamente quien va a juzgar; ni tampoco las cosas que son en realidad buenas o malas, sino aquéllas que lo han de parecer. Pues de estas verosimilitudes procede la persuasión y no de la verdad». (Platón, *Fedro*)

El mal, como he dicho, es dejar que el ignorante (yo puedo ser uno de esos ignorantes; no digo que yo sea mejor que los demás) elija al gobernante que le conviene a una Nación, preguntarle al pueblo quién es el gobernante que le conviene. El pueblo (ingenuo) es víctima de la propaganda manejada por los intereses de los grandes capitales, y no tiene la capacidad suficiente para ejercer una elección libre de manipulaciones de las mafias que aspiran al po-

der. Dado que la mayor parte de la gente no está suficientemente preparada para saber lo que le conviene a una nación, es una cuestión de lógica concluir que la democracia es un mal gobierno; y creo sinceramente que muchos de los males políticos actuales se derivan de ello.

Sinceramente, creo que no estamos ante la mejor de las aristocracias posibles.

«Si hubiese un pueblo de dioses, se gobernaría democráticamente. Pero un gobierno tan perfecto no es propio de hombres» (Rousseau, *El contrato social*)

¿Acaso hay algo mejor? se nos puede preguntar ¿Hay alternativas? Cada país, cada sociedad, requiere unas condiciones particulares a la hora de plantearse cuál sería el gobierno que le conviene. Y se requiere un trabajo de investigación exhaustivo en cada caso para determinar la mejor respuesta. En el presente artículo, he expuesto con brevedad algunas ideas generales de los puntos por los que la democracia dista mucho de ser el mejor de los gobiernos (como una opinión personal; sin que ésta deba ser tomada como verdad absoluta, pues en política no hay verdades absolutas). Bien puede haberlos peores, pero también, creo yo, puede haber algo mucho mejor.

La discusión sobre lo que debe ser un buen gobierno, su viabilidad y modo de aplicación (revolución) para cambiar el actual estado de las cosas es algo que se escapa del propósito de este breve panfleto. Por decir unas pocas palabras, diré que mi opinión general sobre lo que podría ser un buen gobierno (si es que esa utopía es realmente posible, pues quizás no lo sea) es que deben gobernar personas bien preparadas (con amplios conocimientos), con un espíritu formado en las más grandes cualidades humanas (filosofía, arte, ciencias, etc) y con altos valores morales [es decir, saber distinguir lo que es bueno de lo que es malo (para una sociedad)]. Dicho en otras palabras, el gobierno ideal sería un gobierno de sabio(s), no digo profesionales o académicos sino sabios en el amplio sentido de la palabra]. A este gobierno le convendría saber lo que le conviene al pueblo para su mayor bien, no para su explotación. El problema está en saber quién es el sabio capaz de gobernar un pueblo, porque si se le pregunta a cada politiquillo dirá ser él el portador de grandes virtudes. Por eso es conveniente idear un sistema que permita el acceso al poder de los mejores hombres. Ahí creo que reside la clave del buen gobierno. El desarrollo de tal sistema, requiere cierta elaboración y dedicar un cierto tiempo a pensarlo. Quizás debamos echar mano de algunas inteligentes propuestas que se hallan dispersas en la historia de la filosofía. La *República* de Platón es un notable

ejemplo. Sistemas hay muchos y mucho más inteligentes y convenientes que la actual democracia. El problema reside en llevarlos a la práctica. Siendo realistas, no vivimos en el mejor de los mundos posibles sino en aquel que más se adecua a las circunstancias históricas de cada época, y hoy vivimos tiempos de masas, tiempos de mercantilismo. Mandan en el mundo los que debían estar vendiendo melones en el mundo antiguo.

Siempre se puede ir a mejor, debemos creerlo así o habremos dejado de creer en el hombre. Los sueños, las utopías, no han llegado a su fin; la historia continúa y en ella caminamos. ¿Hacia dónde? Hacia el infinito. ¿Con qué propósito? Llevar la vida a sus cotas más altas. Resignarse ante la inmundicia es propio de corazones cansados, de sociedades podridas. ¡Arriba el espíritu, abajo la vulgocracia!

NOTA: El autor de este artículo «sí se responsabiliza de su contenido» atendiendo a cualquier comentario en la dirección indicada: martinlc@hispanista.com